

EL

ECO DE CARTAGENA.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Cartagena. Librería Moncella y García, Mayor 24. Madrid y Provincias, corresponsales de la casa de Saavedra.

SEGUNDA ÉPOCA.

PRECIOS DE SUSCRICION.

En Cartagena un mes 8 rs.—Trimestre 24. Fuera de ella, trimestre 30.

Sábado 18 de Mayo.

El Eco de Cartagena

CARTAS DE PALMA DE MALLORCA.

Sr. Director de El Eco de Cartagena.

Palma, 16 de Mayo de 1878.

Una de las novedades que he llamado en esta es la terminación de los torreones angulares de la fachada de la catedral, cuya reforma es debida al arquitecto Sr. Perronet. El plano de esta reforma es una obra maestra. Obedece, perfectamente a la Estética y a las leyes de Estética. Antes de levantar las agujas filigranadas y los arcos botarates que las enlazan y adornan, la fábrica colonial parecía desproporcionada, y el ojo más atento veía la idea que se propuso realizar el apostol del gran arte de Vitruvio; ahora es cuando el inteligente aprecia, y el aficionado, que sabe sentir, se sorprende y admira. La catedral de Palma es una de las más grandiosas por su elevación y superficie. No es como la de Murcia, que, después de admirar la fachada y el campanario, se busca el templo, y no se le encuentra.

Al oír el órgano que con diversos registros llenaba el ámbito de aquellas naves, no pude menos de sentir una sensación de gozo y de respeto hacia lo divino. La ciencia y el sentimiento religioso en amigable consorcio nos elevan a Dios. Las panderas y las sonoras son como otros seres que necesitan espacio y buenas condiciones para ostentar su mérito y su belleza.

Pasando a lo profano, le daré algunos apuntes sobre la Ateneo. Esta sociedad tiene por objeto la instrucción y la protección mutua entre los socios. En ella están prohibidos toda clase de juegos y los actos que sean puramente recreativos. He asistido a una conferencia en que se explicaban las teorías de Darwin sobre el origen del hombre por el sistema de las evoluciones y de la selección.

Esta doctrina se espuso con tanta

prudencia, con tan bellas formas, que aunque es contrario a mis creencias religiosas, pude oírlo con agrado, porque siempre he tenido por ventajoso el conocer la esgrima de las armas de los contrarios, para poderme guardar y defender en buena lid. El que cierra los ojos por no ver la llaga, no la hace con esto desaparecer. Para curarla es preciso verla.

Acabado el discurso, empezó la refutación. Si digno y atento hubi sido el discurso, muy digna y cortés fué la refutación. Ni ataques, ni alusiones, ni ofensas personales al orador que defendía, ni al autor de aquel sistema. Su ciencia era admirada, sus errores eran respetados, discutidos y analizados en el crisol de la Lógica más severa; pero siempre digna. Al oír a cada uno de los contrincantes, la inteligencia más perspicaz no hubiera podido distinguir si era el abogado que defendía de encargo una de las partes, ó el apostol de una doctrina profana con ardiente fe y profunda convicción. Así y solamente de este modo es como se puede y se debe discutir; así pueden hacerse prosélitos para es como los rayos luminosos del sol de la ciencia disipan las nubes del error; así es como se imita el ejemplo de nuestro divino maestro y de sus primeros discípulos de Galilea: hacer lo contrario, es seguir el ejemplo de los hijos del Corán ó aspirar a la falsa gloria de la barbarie y de los atletas.

En la segunda conferencia se trató de la Caridad. La Caridad oficial, decía el orador, no existe. La Caridad es un sentimiento, una virtud sublime que nos hace amar al prójimo; y, al traducir en actos esternos este sentimiento, se le socorre ó se le presta el consuelo que necesita: el Estado, ó el Gobierno, ó las Diputaciones provinciales son entes morales, y no un ser humano, por lo que no se les puede atribuir este sentimiento que es propio únicamente del hombre; luego la caridad oficial no existe, y si, la beneficencia. Beneficios los puede causar la naturaleza misma y todos los seres irracionales; pero no la caridad. El sol

de la caridad sólo irradia del corazón del hombre.

Sabiendo los años que he vivido en Cartagena, y siendo esta virtud la que tanto distingue a los cartageneros, es escusado decirle con que gusto escuchaba esta conferencia, extrañando al mismo tiempo que un asunto tan digno y elevado no lo hubiese oído desarrollar y discutir en tantos años que he vivido en esa. En esta sesión se guardó el mismo orden y se observaron las buenas formas que he descrito en la anterior.

Si esos apuntes los cree de algún interés ó curiosidad puede insertarlos en su apreciable periódico interin se ofrece su afectísimo amigo.

B. COMILLAS.

Miscelánea.

HISTORIA DEL CALZADO.

El calzado de los griegos y romanos fué al principio de cuero, como el que usamos ahora. Según Plinio, el primero que usó calzado fué un hombre llamado Tibus, natural de Beocia.

Los egipcios empleaban el papiro como primera materia para el calzado; los primitivos españoles, el esparto; los indios, los chinos etc., el junco.

La seda roja ó el lino blanco bordado con piedras preciosas llegó a ser la señal distintiva de los emperadores romanos. Los hombres del pueblo llevaban el calzado negro, y las mujeres blanco. Algunos senadores se distinguían con una C., que indicaba su descendencia de los cien primeros senadores, «centum patres», instituidos por Rómulo.

El calzado de los antiguos franceses era dorado y con galgas para sujetarlo a la pierna; era una especie de «sandalias.» Entre el calzado antiguo se distinguía el «borcegnis» y el «coturno», ambos inventados por Esquilo, quien los introdujo en el teatro para dar mas dignidad a los actores. El primero servía para el género cómico, y el segundo para el

trágico; creíase dar de este modo al actor mas semejanza con los héroes que representaba, y cuya mayor parte habían sido gigantes, según la tradición.

En tiempo de Felipe el Hermoso se adoptó en Francia un calzado, que luego se extendió por el resto de Europa, y que se llamó «zapatos de polainas» del nombre de su inventor Poulain. Estaba terminado en punta, mas ó menos larga, según la calidad de las personas: dos pies para los principales y grandes señores; un pie para los labradores ricos y medio pie para el pueblo. De aquí vino la frase «entrar con buen pie» en alguna parte.

La mencionada punta iba adornada frecuentemente de figuras grotescas. La estravagancia de esta moda hizo que la iglesia y la autoridad civil fulminaran contra ellas anatemas terribles.

Villaret supone que fué imaginada por el príncipe Enrique, hijo de Godofredo Plantagenet, que quiso ocultar de este modo una deformidad corporal. Después de la supresión de los zapatos largos, se llevaron de un pie de longitud.

Los talones altos fueron también objeto de una moda que se usó durante mucho tiempo; las señoras venecianas los llevaban exageradamente altos. Créese que Augusto fué el inventor de los zapatos con tacones, según se dice, para suplir su pequeña estatura.

No se sabe con certeza cuando comenzaron a usarse las botas y botines; estos últimos se empleaban ya en la guerra. En cuanto a las demás variaciones que el calzado a sufrido en los tiempos modernos, nada fijo puede decirse, porque han estado sujetas a los mil caprichos de la moda.

E. I.

Una mujer muy amiga de cortejos le decía a un borracho:

—Creerás que en diez años que llevo de viuda nunca he tenido ganas de volverme a casar?

—Te pasará lo que a mi, replicó él jamás he padecido sed.